



Los hombres nudo

Ensayo por Piedad Bonnett

Una de las poetas y novelistas más importantes del país, mira al hombre de hoy y va directo. Agudo, cínico, divertido, revelador, crudo y rudo. Así es este análisis

Alguien decía que hay tan poca diferencia entre los maridos que bien podría uno quedarse con el primero. Lo cual, sacado del estrecho terreno del matrimonio, equivale a decir que los hombres son todos iguales. Estamos de acuerdo en que esa es una burda simplificación. Estoy segura de que usted, querido lector perteneciente al género masculino, es distinto de los demás hombres. Por tanto no hablaré de usted, el excepcional, sino al final de este artículo. Entre tanto me concentraré en el hombre promedio, en ese colombiano que hace las veces de padre, amante y esposo ciñéndose a un ideal masculino heredado culturalmente, que resulta cada vez más problemático en razón del cambio vertiginoso del papel de la mujer en la sociedad en los últimos cincuenta años.

Celebraremos, sin embargo, las diferencias de género, que salvan este mundo del tedio infinito. Diferencias que van mucho más allá del hecho de que el hombre posea más neuronas que las mujeres, aunque peor conectadas, según un reciente informe científico. En lo relativo a los aspectos puramente biológicos o a las habilidades propias del género, las mujeres aceptaremos siempre agradecidas que no se proponga la igualdad de los sexos. Así, estaremos siempre dispuestas a pegar un botón con tal de que nos ayuden a cambiar una llanta, nos arreglen el enchufe fundido o nos abran el frasco de mermelada. ¿Y qué decir de la labor de calentarnos los pies en las noches heladas? Razon tenía Shelly Winters cuando contaba que, estando en Inglaterra, hacía tanto frío que estuvo a punto de casarse.

Hay, por otra parte, características masculinas de otro orden que las mujeres simplemente envidiamos. Por ejemplo, los hombres envejecen mejor que las mujeres, físicamente hablando. De ahí que ellos se aventuren, más allá de los cincuenta, a flirtearle a una saludable muchachita de veinte, con grandes posibilidades de éxito. Sobre todo si son inteligentes. Pues probado está que, así como los hombres claudican básicamente ante la belle-

za, a las mujeres nada las seduce más que la inteligencia masculina. En cambio, y recordando un viejo chiste, tan sólo los arqueólogos parecieran interesarse en las mujeres viejas, y eso en razón de su espíritu investigativo.

Otra característica suya, siempre seductora, es la de saber guardar silencio. Según he leído, eso no se debe a ninguna virtud especial, sino a la conformación de los lóbulos del cerebro. Claro que nada nos garantiza que eso signifique que están escuchando. En el género humano, lo contrario de hablar no es escuchar sino esperar. Antes de casarse un hombre se desvela pensando en lo que quisimos decir. Después de casado, se dormirá siempre antes de que acabemos de hablar. Pero así y todo, esa aura misteriosa nos sigue conquistando.

Los hombres colombianos, además son divertidos, buenos bailarines, conducen con destreza y poseen sentido del humor. Y en cuanto a sus defectos, los veniales –que jamás atinen en un regalo, que no perciban el último cambio de peinado y que se obstinen en no contestar a la pregunta “¿En qué estás pensando?”– son tan universales que siempre estamos dispuestas a perdonarlos. No así el feroz egoísmo o la misoginia encubierta, rezagos de la vieja cultura patriarcal.

Nuestros padres, hombres mayores de sesenta años, hicieron parte de un sistema que validaba una idea de la virilidad estereotipada y pobre. A pesar de la exaltación teórica de la mujer, el hombre arquetípico de esa generación, y sus antecesores, asociaba hombría con dureza. El “duro” era capaz de emborracharse hasta perder la conciencia, silenciaba por decreto a su mujer, delegaba en ella la formación de los hijos, jamás pisaba la cocina, asociaba ser hombre con potencia sexual y vivía para obtener prestigio, dinero o cualquier forma de poder. Incapaz de reconciliar en él lo masculino con lo femenino, convencido de que rasgos como la ternura, la pasividad o la preocupación por los otros eran, por femeninos, deleznable, reprimió durante años las lágrimas, el sentimiento, la dulzura, a un precio altísimo para su psiquis y para sus seres cercanos.

Este hombre duro, claro está, no ha desaparecido. Persiste en ese arquetipo latinoamericano que es el padre de los hijos de la gran chingada, que huye dejando regados los infinitos huérfanos de su desamor y su incapacidad. El que hizo afirmar a Gloria Steinem que “algunas de nosotras nos estamos convirtiendo en el hombre con el que queríamos casarnos”.

Más interesantes que el duro, petrificado en su falsa masculinidad, resultan los hombres de la transición, enfrentados al remezón al que los hemos sometido las mujeres, deseosas de participar en todos los procesos

sociales y de acabar con las estructuras que nos hacían infelices. Estos hombres no dejan de enternecernos, pero también de asustarnos. Son los que, tratando de deshacerse del antiguo patrón de virilidad, no logran encontrar los términos de su identidad. Los que jugando el juego de la civilización y tratando de estar a la altura de los tiempos pero sin lograr domeñar las atávicas actitudes supuestamente sufren y hacen sufrir.

Son los llamados “hombres nudo”, expresión que hace alusión tanto a los tradicionalistas que encontramos detrás de sus corbatas, como a los que mantienen anudados sus sentimientos. El que se obstina en no dar, constreñido en la expresión sentimental. El que permite que su mujer destaque, pero sólo hasta un punto. El que se asume como padre interlocutor, pero sólo mientras no esté cansado. El que admira a las mujeres pero no resiste burlarse de ellas en público. Pero también el que no deja salir ese niño que no acaba de morir nunca. El que no llora ni agacha la cabeza para que se la acaricien. En fin, el que siente, en lo más hondo de sí, y sin confesárselo, lo que el sicoanalista norteamericano Roben Stoller encontró que es el verdadero imperativo de la vieja idea de masculinidad: que “el primer deber de un hombre es no ser mujer”.

Ese hombre, sin embargo, está en apuros. Cada vez le resulta más difícil saber qué es ser hombre, dónde reside la masculinidad. Las mujeres estamos demasiado ocupadas en nuestros propios logros como para ayudarlo, o no sabemos cómo hacerlo. Y él, a tientas, explora un universo que casi nadie ha transitado.

Pero además, dos viejos fantasmas no lo abandonan: su cobardía, y su soledad. Estos caballeros dispuestos a arriesgar sus vidas por salvar a un niño, frenan en seco su caballo cuando se trata de riesgos afectivos. No hablo de aventuras, en las que la mayoría son duchos. Sino de aquellas situaciones que los obligan a elegir y a buscar nuevas opciones de vida, a comprometerse. Los hombres colombianos prefieren la comodidad y la seguridad al esfuerzo de construir lo nuevo. Entre la aburrición y el riesgo, optan por la aburrición. Son convencionales y tienden a la rutina. Si el escudo de Colombia predica la libertad y el orden, ellos abjurán de la primera y se transan por el segundo. Y sobre todo, tienen miedo de sus propios sentimientos. Todo lo que los sobresalte y les quite la paz los aterroriza. Las mujeres, en cambio, somos cada vez más audaces. Capaces de dar –tal vez preparadas para ello por la maternidad– nos arriesgamos, mucho más que los hombres, a quemar las naves. Pensando, quizás, en la suerte de habernos podido desprender de años y años de sumisión, nos agarramos del coletazo de la historia para vivir de una manera plena. Los

hombres no han podido desprenderse de la soledad en la que durante siglos debieron pertrecharse para dar una imagen de machos sin resquicio. Conocen, claro, el valor del clan. La “patota” en la adolescencia encuentra su equivalencia en el mundo adulto: beben, ven fútbol, compiten en el interior del grupo. Pero casi siempre ahogan en lo colectivo su ansiedad y su deseo de comunicación. Se avergüenzan de la confianza, y se golpean cariñosamente para evitar la caricia que quisieran hacerse.

¿Cómo no decir, sin embargo, que nos encantan los hombres? ¿Pero cuáles? No los rudos, ni los casados con sus propios prejuicios, ni los enamorados ciegamente de sí mismos. Tampoco los destinados a ser hijos por los siglos de los siglos. No. Nos enamoran los maravillosos hombres tiernos, reconciliados con su parte blanda; los inteligentes, los cultos, de espíritu crítico, sensibilidad y buen gusto. Los buenos conversadores, poseedores del sentido del humor, seductores por naturaleza y no por oficio, sin imposturas ni limitaciones afectivas. ¿Existen? me pregunto. Y entonces me acuerdo de usted, querido lector, excepcional, fascinante, distinto de todos los demás, a quien me gustaría conocer algún día.

Junio de 1999